

Un hombre de unos 45 años, el PADRE BELDA, está de pie en medio del escenario. A sus pies, un maletín. El PADRE BELDA lleva un traje impecable. Pulcro de aspecto, finas gafas... Sólo sus modales nos podrían revelar que se trata de un sacerdote. De vez en cuando se limpia el sudor con un pañuelo.

PADRE BELDA

Teresa Sánchez Arriaga. Llegó a Río Negro hace veinte años. Desde muy joven manifestó su deseo de hacer misión. Quería compartir la suerte de lo más desfavorecidos, y tratar de mejorar sus vidas. Llegó al valle cuando aquello no era más que un puñado de cabañas de indígenas en un entorno insalubre. Por entonces la presa no era más que un proyecto en algún despacho de la capital. Desde el principio la hermana Teresa supo ganarse la confianza y el cariño de la gente. Era un gran activo para su orden y para toda la Iglesia. Es verdad que no se preocupaba mucho de los temas doctrinales, pero sabemos cuáles son las prioridades. Su entrega, entonces y durante todo lo que vino después, cuando se inició la construcción de la presa, fueron ejemplares. Todos la respetaban. Muchos la consideraban una santa.

Se ilumina otra zona del escenario, revelando la presencia de una mujer que duerme en un banco de cemento, adosado a una pared llena de manchas y humedades, que sirve de cama.

El PADRE BELDA la contempla en silencio.

PADRE BELDA

Probablemente la hermana Teresa venía con la cabeza llena de ideas falsas sobre la inocencia primigenia. Después de todo, era una joven de los 70, aquella década de mesiánicos. Quería defender a aquella gente de los peligros de la civilización mal entendida. Pero pronto tuvo que enfrentarse a las mil contradicciones que siempre salen al encuentro de los bienintencionados. A pesar de ello, la hermana Teresa siempre actuó con honradez, y se comprometió a fondo con la suerte de aquél paraíso amenazado. Cuando empezaron los trabajos de la presa, su sueño empezó a venirse abajo. Todo se transformó: cientos de trabajadores acudieron, y fueron alojados en barracones... y con ellos llegó el alcohol, la prostitución, y empezaron los conflictos. Por si fuera poco, grupos indígenas que se oponían al anegamiento de sus tierras ancestrales se organizaron y empezaron a atacar las obras... Tal vez Río Negro nunca fue el paraíso que la hermana Teresa imaginaba, pero ahora es algo muy parecido a un purgatorio.

Contempla unos instantes a la mujer que aún duerme.

PADRE BELDA

La hermana Teresa está encerrada en un calabozo de la comandancia de Río Negro. Está acusada de homicidio.

Tras unos instantes, ella se despierta. Se incorpora y, con gesto instintivo, se arregla el pelo.

Es la HERMANA TERESA. Nada en su vestimenta revela su condición de religiosa. Se queda algo perpleja al ver que tiene compañía. Se incorpora, interrogando con la mirada.

TERESA

¿Quién es usted?

PADRE BELDA

Buenos días.

TERESA

¿Cuánto tiempo lleva ahí?

PADRE BELDA

Un rato. No quería despertarla. Me han dicho que duerme mal.

TERESA

¿Ha probado a compartir la cama con un millón de chinches? Y si no son las chinches, son las pulgas, o los jevenes... y a todos les gusta pasear de noche. Por no hablar de las cucarachas. Pero esas al menos no tienen la pretensión de vivir a mi costa. Se limitan a pasearse por mi cara.

Mientras habla, coge un crucifijo que cuelga de una irregularidad de la pared. Lo besa y se lo cuelga del cuello.

PADRE BELDA

¿Cómo está, hermana?

TERESA

Bien. ¿Y usted?

PADRE BELDA

Nos tiene a todos muy preocupados.

TERESA

Díales que yo estoy bien. Y que recen por mí.

PADRE BELDA

¿Puedo hacer algo para ayudarla?

TERESA

Si quiere ayudarme, dígales que echen zotal o algo en esta celda. Si esto se sigue llenando de inquilinos, no creo que llegue al juicio. No me van a dejar una gota de sangre en las venas.

PADRE BELDA

Haré lo que pueda.

TERESA

O que me cambien a otra celda. Una en la que entrara algo más de luz. Sería bueno saber cuándo es de día y cuándo de noche. Soy como el prisionero del romance.

PADRE BELDA

Hermana, ya sabe a qué me refiero cuando hablo de ayudarla.

TERESA

Ya le he dicho lo que necesito. Haga que estos bichos dejen chuparme la sangre. Con eso me basta.

PADRE BELDA

¿Por qué rechaza la ayuda que podemos prestarle?

TERESA

¿Y usted lo pregunta?

PADRE BELDA

Nadie quiere condenarla, pero usted parece empeñada. Según mis informes, el juez estuvo hablando con usted...

TERESA

¿Quiere que rehúya el castigo, aunque sea mintiendo?

PADRE BELDA

Nos haría un favor a todos.

TERESA

Quiero que se sepa la verdad.

PADRE BELDA

¿Aunque le valga la cárcel? Le advierto que allí las chinches serán el menor de sus problemas.

TERESA

No me diga que viene a amenazarme, Padre.

PADRE BELDA

No diga disparates, Teresa. ¿Cómo la voy a amenazar? Sólo le pido que nos haga la caridad de que dejarnos ayudarla.

TERESA

¿Se imagina a los Santos Mártires eludiendo el martirio?

PADRE BELDA

¿Se compara con los Santos Mártires?

TERESA

No; sólo sigo su ejemplo.

PADRE BELDA

¿Matar a un hombre es seguir el ejemplo de los santos Mártires?

TERESA

Hay muchos guerreros en el santoral. A alguien debieron matar.

PADRE BELDA

No diga barbaridades. No es lo mismo.

TERESA

Creo que hice lo que debía. Y ahora, que la justicia decida.

PADRE BELDA

¿Cree que matar a un hombre fue hacer lo que debía?

TERESA

Espero que no haya venido hasta aquí para discutir conmigo, padre. Es un viaje muy largo por esos caminos... ¿tuvo problemas para cruzar el río? En esta época viene muy crecido.

PADRE BELDA

El señor Obispo puso un... un helicóptero a mi disposición.

TERESA

¿Un helicóptero? Estuve diez años pidiendo una furgoneta y no hubo manera... veo que soy más importante en la cárcel que trabajando.

PADRE BELDA

Se ha convertido usted en un dolor de cabeza para todo el mundo.

TERESA

En el mundo ya ha habido mucho dolor antes de que yo apareciera. Sólo que lo padecían otros.

PADRE BELDA

Usted también nos acusa de vivir a espaldas del dolor.

TERESA

No, padre, no le acuso de nada, ¿quién soy yo para acusar?

PADRE BELDA

Le recuerdo que usted ha acusado, juzgado, condenado y ejecutado a un hombre.

TERESA

Muy bueno, padre. Ahora le recuerdo... usted y yo ya nos habíamos visto antes... Fue cuando el señor Obispo vino a bendecir el comienzo de las obras de la presa... Ya me pareció entonces un hombre guapo, si no le molesta que se lo diga.

PADRE BELDA

No sea usted absurda. ¿A qué viene eso?

TERESA

Perdone, pensé que un poco de humor a lo mejor contribuía a relajar la tensión. ¿Sabe? *Absurda* es de lo más suave que me han llamado. Incluso el señor Obispo llegó a decir algunas lindezas de mí.

PADRE BELDA

El señor Obispo está preocupado por el curso que están tomando los acontecimientos.

TERESA

Debió preocuparse antes. Cuando le mandaba aquellas cartas. Nunca me contestó. ¿No le parece un poco tarde para preocuparse ahora? No sé a qué viene usted, padre, pero ya dejé mi postura clara. Le ruego que se vaya. Intente arreglar lo de las chinches y déjeme tranquila, se lo ruego.

Hay un silencio.

PADRE BELDA

Volvamos al principio. Hemos empezado con mal pie. Volvamos al principio.

TERESA

Ojalá fuera posible, pero ¿hasta dónde habría que remontarse? No tengo tiempo de contarle las circunstancias de mi nacimiento.

PADRE BELDA

Me conformo con que volvamos al principio de esta conversación. Usted se acaba de despertar y...

TERESA

Y me lo encuentro ahí, mirándome como se mira a un espécimen recién descubierto por la ciencia: algo que se parece mucho a animales que ya conocemos, pero que es distinto... *veamos*,

parece una de nuestras monjitas, pero nuestras monjitas no hacen esas cosas, ¿qué es?

PADRE BELDA

Nadie la llamaría a usted *monjita*.

TERESA

Gracias a Dios. Odio esa palabra. Bien, estábamos ahí, ¿y entonces?

PADRE BELDA

Dejémonos de juegos. Usted se empeña en rechazar que esas mujeres declaren a su favor.

TERESA

No quiero que mientan por mí. Y me sorprende que ustedes insistan en eso. Mentir es pecado. Hay un octavo mandamiento que habla del falso testimonio... ¿o es que va a ser verdad que a ustedes sólo les importa el sexto?

PADRE BELDA

Hermana, no sea usted vulgar. Creo que estoy teniendo mucha paciencia. Tenga un poco de respeto.

TERESA

Discúlpeme. Tiene usted razón.

PADRE BELDA

Todas ellas están dispuestas a hacerlo. La apoyan. El juez está deseando sobreeser este asunto. La policía está deseando mirar para otro lado. La empresa también quiere olvidar el asunto, a pesar de que usted mató a uno de sus empleados... y usted prefiere ir a juicio. ¿Por qué?

TERESA

Por lo mismo que los demás lo quieren impedir. Porque quiero que se sepa la verdad.

PADRE BELDA

¿Y después, qué? ¿Cuánto tiempo cree que resistiría en la cárcel? Usted no está bien de salud...

TERESA

Eso no me inquieta. Dios sabe el tiempo que me tiene reservado.

PADRE BELDA

Usted es una mujer valiosa, puede hacer aún muchas cosas...

TERESA

Vamos, padre. Usted sabe de sobra que en cuanto me soltaran, me harían volver a España, y allí me mandarían a algún lugar tranquilo, apartada de todo... a algún centro de reposo, a alguna casa retirada...

PADRE BELDA

¿Cree que es un destino peor que una cárcel en este país insalubre?

TERESA

Sí; mil veces.

PADRE BELDA

¿Y si le digo que el señor Obispo le ordena aceptar el trato que se le ofrece? Está usted sujeta al voto de obediencia.

TERESA

¿El señor Obispo puede obligarme a mentir?

PADRE BELDA

No mentiría. Bastaría con que un médico certificara que usted no está en condiciones de declarar; el juez está favorablemente predispuesto... y con la cantidad de testigos favorables a usted que hay...

TERESA

Testigos falsos.

PADRE BELDA

Gente bienintencionada que quiere ayudarla.

TERESA

¿Quiere decir que el señor Obispo está dispuesto a poner en marcha toda la maquinaria de la corrupción de este país, y puede obligarme a participar?

PADRE BELDA

¡El señor Obispo quiere salvarla! La gente de la Provincia quiere salvarla, el juez quiere salvarla, ¡no me haga repetírselo!

TERESA

¿Recuerda a San Pedro? Estaba en la cárcel, en Roma. No debía ser un lugar muy distinto a este. También tenía partidarios, y consiguieron facilitarle la fuga. Los guardias se dejaron la puerta de la celda abierta y san Pedro aprovechó la ocasión. Pero cuando estaba saliendo de Roma, se cruzó con Jesús. San Pedro, sorprendido, le preguntó, *Quo Vadis, domine?* Y Jesús le dijo...

PADRE BELDA

(*impaciente*) Sí, sí, le dijo: *voy a Roma a ser crucificado de nuevo...* Y Pedro, entendiendo el mensaje, regresó a Roma para sufrir el martirio. Vamos, hermana, sabe que es una leyenda apócrifa. Y en todo caso, ¿está usted comparándose con San Pedro? ¿Quiere ser una mártir?

TERESA

No exagere. Nadie va a crucificarme cabeza abajo, espero. Sólo serían unos años de reclusión. No, padre, no quiero ser una mártir. Sólo quiero tener la ocasión de hablar. Sé que habrá periodistas cubriendo el juicio. Imagínese, una monja católica acusada de homicidio. Pues bien, ahora me escucharán. Ya no habrá nadie que impida que lleguen mis denuncias. La policía está deseando mirar para otro lado, dice usted... claro que sí. Tienen mucha práctica. Llevan haciéndolo años. La policía, los jueces... hasta el Obispado.

PADRE BELDA

Vamos, no sea usted injusta. ¿Qué quería que hiciera el señor Obispo? Esas acusaciones hay que probarlas... son asuntos muy delicados...

TERESA

Tan delicados como que se trata del cuerpo y el espíritu de unas criaturas indefensas... Todos llevan años... siglos mirando hacia otro lado. Y esas niñas... generaciones de niñas han crecido en medio de los abusos... ¿quiénes son las verdaderas mártires? Y lo peor es que han crecido y se han convertido en mujeres que han sido incapaces de evitarles lo mismo a sus hijas... no, padre, no voy a obedecer, no voy a salir al camino de Roma.

PADRE BELDA

Pero son esas mismas mujeres las que están tratando de ayudarla. Ellas las que se pusieron de acuerdo para declarar que en el momento de la muerte de Valenzuela usted estaba con ellas en el taller de costura... Agradézcaselo dejándose ayudar por ellas. No sea usted soberbia.

TERESA

¿Cree que es soberbia?

PADRE BELDA

A veces el diablo tienta de manera insospechada. Nos presenta el mal bajo la apariencia del bien. Usted cree que se trata de justicia, pero ¿quién sabe?

TERESA

Yo lo sé. Yo sé bien lo que pretendo.

PADRE BELDA

¿Qué pretendo? ¿Llamar la atención?

TERESA

Sí; en realidad, se podría decir así. Llamar a atención. Quiero que se sepa lo que está pasando aquí. Vivimos en un mundo mediático. Lo que importa es el espectáculo. Pues bien, yo se lo voy a dar. Voy a dar espectáculo.

PADRE BELDA

¿Y cree que esta es la mejor manera? ¿Apareciendo en medio de la pista de un circo?

TERESA

Un circo, usted lo ha dicho.

PADRE BELDA

Un circo romano, y usted allí, cantando ante las fieras...

TERESA

Reconozca que fue una buena propaganda en los inicios de la iglesia...

PADRE BELDA

¿No ha pensado que puede resultar ser un circo de los otros y al final le toque hacer el papel de payaso?

TERESA

En ese caso, me tocaría ser el que recibe las bofetadas.

PADRE BELDA

Triste papel.

TERESA

Si es que me tiene reservado Dios...

PADRE BELDA

Dios la tiene a usted reservada para otras cosas. Pero usted se empeña en torcer sus designios.

TERESA

¿Cree usted que podemos torcer los designios del Señor?

PADRE BELDA

No he dicho que lo vaya a conseguir. Sólo que parece empeñada en intentarlo.

TERESA

(se rasca) Malditos bichos... supongo que ellos también forman parte del plan divino. Quién sabe si gracias a que me piquen a mí, alguien se libra por unas horas.

PADRE BELDA

Hay bichos para todos, no se preocupe. Más bichos que cuerpos.
(se rasca sin darse cuenta) Hay bichos para todos.

TERESA

Incluso para usted... Me hablaba usted de la tentación... ¿no se da cuenta de que a lo mejor la tentación es usted?

PADRE BELDA

¿Qué está diciendo?

TERESA

Aparece aquí, como caído del cielo... literalmente, gracias al Obispado. Ni siquiera le he oído entrar. Y me ofrece la libertad, un baño, sábanas limpias... a cambio de mentir. ¿No se parece eso mucho a una tentación? Viéndole ahí, podría usted ser un Mefistófeles. Y no se ofenda, padre. Comprenda que debo estar alerta ante las trampas del demonio.

PADRE BELDA

No me ofendo. *(abre su cartera)* Me han autorizado a traerle algunas cosas. *(va sacando)* Jabón... pomada para las picaduras... libros...

TERESA

¿Tiene tabaco?

PADRE BELDA

¿Tabaco?

TERESA

En estos años me he acostumbrado... Por favor, no me riña.

El PADRE BELDA saca un paquete de tabaco y se lo entrega. TERESA saca un cigarrillo.

TERESA

¿Tiene fuego?

El PADRE BELDA saca un mechero y le enciende el cigarrillo. La TERESA aspira con visible placer.

TERESA

Perdóneme si le he ofendido. Es una falta de consideración, y más habida cuenta del trabajo que se ha tomado para venir hasta aquí. Incluso en helicóptero es un viaje duro.

PADRE BELDA

Pues ya que lo reconoce, no haga que me vuelva con las manos vacías.

TERESA

No abuse, padre. Le agradezco el esfuerzo y la intención, y trato de ser cortés, pero no pienso darme tan pronto por vencida. ¿Cree que habría llegado hasta aquí si hubiera sido una mujer fácil de convencer?

PADRE BELDA

Cuando dice *hasta aquí*, se refiere a...

TERESA

Cuando digo *hasta aquí*, me refiero a todo. Me refiero a este país, me refiero al valle, me refiero a esta celda.

SACEDOTE

Un viaje largo.

TERESA

Un viaje largo, sí.

PADRE BELDA

Buscaba usted espacio para el espíritu... Creyó que lo había encontrado cuando vio la primera puesta del sol sobre el Río Negro... *(cita) Nunca olvidaré esa visión, madre: el sol rojo reflejándose en las aguas oscuras, las aves que emprendían el vuelo y el silencio que se iba apoderando de todo...*

TERESA

¿De dónde ha sacado...?

PADRE BELDA

(saca del maletín una carpeta, y de ella varias hojas) Su superiora en España... hemos hablado mucho estos días, como puede imaginar. Guarda todas sus cartas; me las mandó por fax. Está desolada. Me pidió que haga todo lo posible por usted. Estaba dispuesta a venir si era necesario.

TERESA

No. No, es un viaje muy duro. Ya sabe que padece de los pulmones.

PADRE BELDA

Parece que la quimioterapia le va muy bien, dentro de lo que cabe.

TERESA

¿Quimioterapia?

PADRE BELDA

¿No se lo dijo? Le encontraron un cáncer. Sabe que le queda poco, pero está muy serena.

TERESA

Es una mujer valiente. Me enseñó mucho. Me animó a venir.

PADRE BELDA

Aun así, está desolada por su situación. Puede que empeore de su enfermedad con tanto sufrimiento.

TERESA

Vamos, padre, no me chantajee.

PADRE BELDA

No lo pretendía. Perdóneme. Pero es que... todo esto es tan increíble...

TERESA

Sí, debe resultar muy increíble. Tampoco el sargento me creyó cuando fui a entregarme.

Se oye el sonido de un trueno, y el rumor de la lluvia.

Una transición (tal vez un cambio en la luz) indica un cambio de momento y lugar.

Nos encontramos en el puesto de policía.

El SARGENTO está sentado en el camastro, y parece recién despierto.

Ante él, TERESA, que trae la cabeza y hombros cubiertos con un mantón o rebozo que le cuelga a lo largo del cuerpo, a la manera de las mujeres indígenas.

La mujer tiembla de frío y ansiedad.

Por su expresión, el SARGENTO parece no saber a quién tiene delante. Tal vez porque está bajo el influjo de cierta resaca.

SARGENTO

¿Quién es usted? ¿Qué hace ahí?

TERESA

Soy yo, sargento.

SARGENTO

¿Quién?

TERESA
¿No me conoce?

El SARGENTO acciona un interruptor en la pared. La luz los deslumbra a ambos.

SARGENTO
Hermana Teresa... ¿qué hace usted aquí? ¿Cómo se le ocurre venir a estas horas con todo lo que está cayendo?

TERESA
Tenía que hablar con usted. Es importante.

SARGENTO
¿Qué tripa se le ha roto ahora? ¿No hemos hablado ya bastante?

TERESA
He matado a Valenzuela.

SARGENTO
Vamos, hermana, no habrá venido hasta aquí para esa joda. Está usted más loca de lo que creía.

TERESA saca de debajo del manto una pistola: se trata de un viejo revolver.

SARGENTO
¡La puta que me parió! ¿Qué hace usted con eso?

TERESA
Es el arma del crimen. Si la examina, verá que se ha disparado recientemente.

SARGENTO
Pero ¿de dónde ha sacado usted eso?

TERESA
Hace tiempo me hice con él. Es para defenderme. ¿No me la va a quitar?

El SARGENTO, como cogido en falta, le quita el arma, que ella le entrega sin resistencia.

SARGENTO
Estas cosas no son propias de una mujer. Y menos aún de una monja, qué carajo. Oiga, hermana, no sé qué milongas me ha venido usted a contar, pero creo que está usted enferma. Vuélvase a su casa... ¿quiere que llame a alguien para que le acompañe? Mañana verá como todo esto no es más que... en fin, mañana veremos que o usted o yo estamos soñando, porque esto no puede ser verdad.

Suena un teléfono. El SARGENTO saca uno de la pared.

SARGENTO

Aló. Habla Cerezo. ¿Cuándo? ¿Dónde? En seguid estoy allá. No toquen nada. (*cuelga*) Encontraron muerto a Valenzuela.

Hay una pausa. Los dos se miran. El SARGENTO se pasa la mano por la cabeza, impotente.

SARGENTO

Me jodió usted, hermana. Me jodió usted bien jodido. ¿Cómo ocurrió?

Deja de oírse el rumor de lluvia.

TERESA

De todos los mandamientos, el más universal es el quinto. No matarás. De hecho, se menciona siempre como prueba de que existe una conciencia universal, al margen de credos y culturas. Es una ley natural. Todo lo demás... bueno, está más o menos sujeto a matización. Pero matar es el pecado por antonomasia. No se perdona, es lo último que uno cree que hará. Es la injusticia máxima, el crimen sin reparación posible. Y yo lo cometí. Maté a Valenzuela. No vacilé. Y no me arrepiento. No consigo arrepentirme. Creo que merecía la muerte; más aún, que su muerte mejora el mundo; al menos esta parte del mundo adonde Dios y mi sentido de la caridad me trajeron. Lo maté sin vacilar, sin que me temblara la mano. Convencida de que era un mal necesario. ¿Dónde me coloca eso? ¿En el lado de los fanáticos, los inquisidores, los fascistas, los psicópatas? Puede, pero yo no me veo así. Maté por amor. Por amor a muchas criaturas inocentes. Por amor a una de ellas en concreto, pero también por las demás. Lo maté como habría matado a un jaguar si viniera a devorarlas en sus camas. Porque eso es lo que querían hacer con ellas.

Empieza a oírse el rumor de grillos, ranas, animales de la oscuridad.

TERESA mira al cielo. La luna ilumina su rostro. TERESA reza en silencio.

De la penumbra surge VALENZUELA. Su andar es sigiloso, aunque tal vez no lo suficiente: TERESA mira a su alrededor, inquieta.

VALENZUELA saca un cigarrillo, se lo pone en la boca y lo enciende. El sonido del encendedor causa sobresalto a TERESA, que se vuelve.

VALENZUELA sonrío.

VALENZUELA

Buenas noches, hermana.

TERESA
Buenas noches.

VALENZUELA
Está usted un poco lejos de su casa.

TERESA
Me alejé buscando tranquilidad para rezar.

VALENZUELA
¿No tienen ustedes la capilla para eso?

TERESA
Esta selva es como una catedral. Me gusta rezar aquí.

VALENZUELA
No es prudente. La oscuridad es peligrosa. Nunca se sabe lo que esconde la espesura.

TERESA
¿Qué quieres, Valenzuela?

VALENZUELA
He venido a hablar con usted.

TERESA
¿De qué?

VALENZUELA
Ya lo sabe usted.

TERESA
No creo que tengamos mucho de qué hablar tú y yo.

VALENZUELA
Vamos, hermana... he venido para evitarle a usted problemas.

TERESA
¿Qué clase de problemas?

VALENZUELA
La madre de la niña está pensando en ir al cuartel a ponerle a usted una denuncia.

TERESA
No digas tonterías.

VALENZUELA
No tiene usted derecho a retenerla en su colegio, o lo que sea eso.

TERESA
Es un Hogar. Y ella vino buscando refugio.

VALENZUELA
Si deber era devolverla a su madre.

TERESA
¿A su madre?

VALENZUELA
A su madre. Ella me mandó a buscarla.

TERESA
¿Por qué no vino ella?

VALENZUELA
Tiene trabajo. El Ingeniero recibía gente importante esta noche.

TERESA
¿Y es allí donde quieres que yo la devuelva?

VALENZUELA
No es necesario; yo me encargo de llevarla.

TERESA
A la casa del ingeniero.

VALENZUELA
Allá vive su madre. Es con ella con quien debe estar. Ella me pidió que viniera a por su hija. Está preocupada.

TERESA
No tiene por qué. La niña está aquí bien, con las otras.

VALENZUELA
Se está buscando usted muchos problemas, hermana.

TERESA
Vete de aquí, Valenzuela.

VALENZUELA
Usted nunca ha entendido muy bien como funciona el mundo ¿verdad? Con todo lo que ha leído, y qué poco sabe.

TERESA
Puede que no sepa mucho, pero sé lo que está bien y lo que está mal. Esa niña vino a pedir refugio. Estaba asustada. No se sentía protegida por su madre.

VALENZUELA

Me parece que le está usted dando mucho crédito a esa niña.

TERESA

Sé que dice la verdad.

VALENZUELA

Vamos, hermana. No es más que una niña.

TERESA

Las otras también eran niñas. Pero eso no ha detenido a... Sé muy bien por qué el ingeniero quiere a la niña en casa. Y no voy a consentirlo. Lo que está pasando en este lugar...

VALENZUELA

No es el ingeniero quien manda a por la niña, sino su madre. Rosalía, usted la conoce.

TERESA

Rosalía, sí, que tiene que alimentar a otros tres hijos con lo que gana en la casa del ingeniero. Lo que está ocurriendo en este lugar perverso.

VALENZUELA

Vamos, hermana, se lo toma usted a la tremenda.

TERESA

¡Son niñas!

VALENZUELA

Pero sus cuerpos no son de niña. Qué le vamos a hacer, acá crecen rápido. Dios lo hizo así.

TERESA

¡Cállese!

VALENZUELA

Usted no puede impedirlo, hermana. En este valle hay dos mil hombres solos, viviendo en barracones, trabajando en esa presa, que pasan el día en medio del barro... esos hombres necesitan diversión. Consuelito estará bien con el ingeniero. Será una privilegiada. El señor ingeniero la tratará bien.

TERESA

¡Es una niña!

VALENZUELA

Al señor ingeniero le gustan las cosas lindas. Y está muy encaprichado con esa niña.

TERESA
No lo voy a consentir.

VALENZUELA
Vamos, hermana. Se está buscando problemas. Hasta ahora las autoridades han hecho la vista gorda con usted, porque la gente de acá la quiere, porque es española, y porque su compatriota el señor ingeniero siempre ha hablado bien de usted. Si no llega a ser por él, lo habría pasado usted mal cuando acogió a aquella terrorista...

TERESA
¡No era una terrorista!

Cambia la luz. Se vuelve hacia el PADRE BELDA.

TERESA
No era una terrorista. Pertenecía al movimiento de los indígenas contra la presa.

PADRE BELDA
Según mis informes, ese grupo ha cometido actos de violencia contra los que participaban en la construcción de la presa.

TERESA
Esa presa supone la anegación de sus territorios ancestrales.

PADRE BELDA
Es un sacrificio, claro que sí, pero si esta gente quiere progreso...

TERESA
¿Progreso? De momento, lo que les ha traído la presa no ha sido más que desgracias.

PADRE BELDA
Esa presa es parte del acuerdo entre nuestro gobierno y el presidente de este país. ¿Usted cree que al gobierno español le haría gracia que una monja española se relacionara con los radicales que atentan contra los intereses españoles? Es la tercera obra civil más grande del subcontinente, y es una empresa española la que la está haciendo.

TERESA
¿De qué lado está usted, padre? ¿A quién representa?

PADRE BELDA
Estoy de su lado. Y no represento a nadie más que al señor Obispo, que está muy preocupado por usted. Le tiene simpatía, hermana, pero ¿cómo cree que le sentó cuando le dijeron que había colaborado con una terrorista?

TERESA

¡No era una terrorista! Aquella mujer... venía herida, y estaba embarazada. Claro que le di refugio. ¿Cómo no iba a hacerlo?

PADRE BELDA

La comprendo, la comprendo... pero después, una vez curada, usted la dejó ir, en vez de entregarla a las autoridades.

TERESA

No soy carcelera. Padre, esa presa no ha traído más que perversidad al valle. Era un lugar tranquilo...

PADRE BELDA

Vamos, hermana, no idealice el pasado. Las condiciones de vida eran durísimas. Pobreza, enfermedades... por eso estaba usted allí. Puede que resultara pintoresco para los turistas, pero...

TERESA

¿Ha estado usted allí? ¿Ha visto lo que ha pasado con el pueblo?

PADRE BELDA

Si mis datos no son erróneos, se ha dado trabajo a casi toda la población, entre puestos directos e indirectos.

TERESA

La aldea se ha convertido en un burdel.

PADRE BELDA

La Comandancia está dispuesta a tomar medidas...

TERESA

Se lo pregunto de nuevo: ¿qué quiere usted de mí?

PADRE BELDA

Y yo le contesto otra vez: que reconsidere su postura. No necesito que usted apoye la presa, faltaría más, ni que renuncie a sus convicciones... sólo le pido que no remueva más la mierda, con perdón de la expresión. Nadie quiere que esto salte a la prensa internacional. Quieren que quede como lo que parece que es: a Valenzuela lo asaltaron para robarle y lo mataron. No se sabe quién lo hizo. Pero si se corre la voz de que están juzgando a una monja por homicidio, entonces no va a haber quien lo pare... vamos a tener aquí a la prensa, a las televisiones... Eso es lo que usted quiere, ¿verdad?

TERESA

Ya se lo he dicho, lo único que yo quiero es declarar en el juicio. Decir la verdad y decir por qué lo hice. Y denunciar lo que está ocurriendo aquí.

PADRE BELDA

¿Y qué es lo que está ocurriendo?

TERESA

Que se está prostituyendo a las niñas del valle, con la complicidad de todo el mundo, y que los directivos de la empresa que construye la presa también participan de ello. Eso es lo que está ocurriendo aquí.

PADRE BELDA

¡Aquí y en todas partes, hermana! No sea ingenua. Mire, hermana, entre los mamíferos no es infrecuente que los machos devoren a las crías de la especie. Si un oso adulto se encuentra con un cachorro, es más que probable que lo devore sin contemplación... incluso entre los chimpancés, nuestros parientes más cercanos... A veces los jóvenes machos arrancan a las crías de los brazos de sus madres y las devoran...

TERESA

No lo sabía; es terrible, pero ¿qué quiere decirme con eso?

PADRE BELDA

Los hombres son algo parecido. No digo todos, Dios me libre. Pero algunos... algunos también devoran a las crías... aunque no se coman su carne. Devoran su alma. Devoran su inocencia. Buscan la presa en cualquier parte; hasta en su propio hogar; si no los tienen, pagan por ellos, y los que viven en los países donde no es fácil conseguir ese tipo de presas, viajan miles de kilómetros para obtenerlas. Incluso entre nosotros, los miembros de la iglesia... Es el secreto a voces de la humanidad.

TERESA

Las siestas de Dios son muy largas...

PADRE BELDA

¿Cómo?

Cambia la luz, ambiente de selva.

TERESA

No lo pienso consentir, Valenzuela. Sé que no puedo salvar a todas las niñas del mundo, pero salvaré a las mías. Vigilaré día y noche. Y le advierto que como le vea rondar el Hogar...

VALENZUELA

Nadie puede vigilar día y noche. Hasta Dios duerme de vez en cuando, hermana. ¿Por qué se cree que el mundo está como está? Porque Dios echa de vez en vez una cabezadita y entonces el diablo aprovecha para hacer de las suyas.

TERESA

Se lo advierto, Valenzuela. No se acerque por el Hogar.

Nuevo cambio.

TERESA

Se lo había advertido...

PADRE BELDA

No le hizo caso.

Nuevo cambio: lluvia.

SARGENTO

¿Qué pasó, hermana? ¿Cómo ocurrió?

TERESA

Lo encontré rondando el Hogar. Venía en busca de la hija de Rosalía. Le dije que se fuera. Insistió en entrar. Le disparé.

SARGENTO

¿Así, no más?

TERESA

Llevaba toda la semana rondando.

SARGENTO

Estamos jodidos, hermana. Usted y yo. ¿Sabe el jaleo que esto va a traer? ¿Y cree que me gusta tener que encerrarla en la cana? Porque yo voy a tener que encerrarla en el calabozo, después de lo que me ha contado.

TERESA

Lo sé, sargento.

SARGENTO

¡La puta que me parió! Tener que meter una monja en el calabozo. Mi vieja no me lo va a perdonar. No me lo perdona, la vieja.

TERESA

Explíquele que la monja mató a un hombre.

SARGENTO

Y ese pendejo de Valenzuela, ¿por qué tuvo que...? ¡La puta que me parió!

TERESA

Deje de insultar a su madre, sargento... ella no tiene culpa.

SARGENTO
Pero ¿cómo lo mató?

TERESA
Lo tenía delante, así, como lo tengo a usted. Le dije se fuera; se rió y yo disparé.

SARGENTO
¿Así? ¿Disparó? Pero ¿cómo...? Me ha jodido usted, hermana. Me ha jodido bien. ¡La puta que me parió!

Cambia de nuevo la luz.

TERESA
No voy a salir de esta celda, padre. No voy a salir al camino de Roma. Lo mártires no huyeron. Yo tampoco.

PADRE BELDA
Usted no es una mártir. Usted es una delincuente. Y los delincuentes tienen derecho a intentar escapar.

TERESA
¿A eso ha venido? ¿A provocarme?

PADRE BELDA
No, hermana. A llamarla por su nombre. Mentirosa.

TERESA
¿Qué quiere decir?

PADRE BELDA
Usted no mató a Valenzuela.

TERESA
Ya se lo he contado. Ya se lo conté al sargento. Ya se lo conté al juez de instrucción.

PADRE BELDA
Les mintió a todos. Las cosas no fueron como usted las cuenta.

TERESA
Puede que no fuera exactamente así, que las cosas sucedieran de otra manera. Todo fue muy rápido. El estampido del disparo me ensordeció; me quedé aturdida.

Hay una pausa. El padre Belda saca unos papeles de la cartera.

PADRE BELDA
Usted no mató a Valenzuela.

TERESA
¿Qué pruebas?

PADRE BELDA
He tenido acceso al atestado. Puede que la justicia en este lugar no sea ejemplar, pero los policías de a pie saben hacer su trabajo. Valenzuela no murió donde lo encontraron. Alguien lo llevó hasta allí. Y la trayectoria de la bala... No, hermana, no lo mató usted.

TERESA
¿Cree usted que he decidido cargar con esa muerte para salvar el pellejo a unos vulgares ladrones?

PADRE BELDA
No, hermana. Para tener una tribuna donde hacer su denuncia.

TERESA
¿Tan loca me cree?

PADRE BELDA
Usted no está loca, hermana. O tal vez sí, pero no es la locura lo que la ha traído hasta aquí. Usted estaba dispuesta a todo por proteger a esa niña, ¿verdad?

TERESA
Sí; incluso a matar. Por eso lo hice.

PADRE BELDA
Hermana, si va usted a juicio, saldrá a relucir la verdad. Pero no la verdad que usted quiere, sino otra verdad.

TERESA
No sé de qué me habla.

PADRE BELDA
Vamos, hermana: todo ese discurso acerca de la verdad... y es usted una impostora.

TERESA
Creo que es mejor que se vaya. No quiero seguir hablando con usted.

PADRE BELDA
El Obispado me encomendado su defensa. Y mi trabajo consiste en obtener su absolución. Incluso en contra de su voluntad.

TERESA
¿Cómo la va a obtener si me declaro culpable?

PADRE BELDA

Porque demostraré que usted, aparte de su número mediático, busca otra cosa: Todos pensarán que estaba dispuesta a sacrificarse con tal de salvar a quien de verdad mató a Valenzuela: la pequeña Consuelo. Fue ella, ¿verdad?

TERESA

¿Cómo lo ha sabido?

PADRE BELDA

En estas tierras oscuras ser un ministro del señor todavía impone respeto. A un sacerdote se le cuentan cosas que no se le cuentan a la policía.

TERESA

¿Rompería usted el secreto de confesión?

PADRE BELDA

No estaba confesando a esa pobre niña. Usted le ordenó que no dijera nada, pero su pobre corazón estaba buscando desesperadamente alivio.

Hay un silencio.

TERESA

Vino a mí en busca de protección. Y la fallé. Tenía razón Valenzuela. Hasta Dios duerme de vez en cuando. Pero ella sabía donde guardaba yo la pistola.

PADRE BELDA

Todos simpatizarán con usted; serán compasivos con la niña, después de todo ella defendía su virtud del ataque de un desaprensivo. Pero eso no la libraré de pasar un calvario delante del tribunal, hasta que reconozca la verdad.

TERESA

¿Haría usted eso?

PADRE BELDA

No querría llegar a ello. Pero para eso me han enviado. Para que la saque libre. Piénselo. Si va usted a juicio, podrá tener su momento de gloria. Pero la niña pagará por ello. No será usted la mártir, sino ella. ¿Va a hacer de esa niña un peón sacrificable en su partida personal contra el mal?

TERESA

No puede hacerme esto.

PADRE BELDA

Usted quiere que salga la verdad. Pues bien, que salga completa.

TERESA
No puede hacerme esto.

PADRE BELDA
Piénselo. Acepte la versión oficial y váyase de aquí. A cambio, lo que hemos hablado no saldrá de aquí. Nadie acusará a la niña.

TERESA
Váyase.

El PADRE BELDA recoge sus cosas.

PADRE BELDA
Piénselo.

TERESA
Salga. Y cierre al salir.

El PADRE BELDA saluda con un gesto y sale. Se oye la cancela al cerrarse y la sombra de las rejas cruza la escena. Los pasos del PADRE BELDA se alejan.

TERESA queda sola en la celda. Respira hondamente.

De pronto, se oye la cancela abrirse, lentamente, chirriando, mientras la sombra de las rejas se va abriendo.

TERESA se vuelve hacia la cancela abierta.

Cierra los ojos.

OSCURO